

SERPIENTE

No en vano le llamaban el serpiente desde que era un niño. Su extrema delgadez que parecía enfermiza era la especial complexión física que haría de él un ser diferente.

No solo su delgadez, sino la inaudita flexibilidad que había mostrado desde siempre, esa que hacía que sus articulaciones hicieran giros y tomaran posiciones imposibles; esa que le había convertido en contorsionista durante el breve tiempo que trabajó en el mundo del espectáculo; esa que acabaría convirtiéndole en el hombre más famoso del mundo aunque nadie le reconoció jamás.

El deambular por los circos, el eterno vagabundeo para malvivir como atracción de feria o número circense de segunda acabaron cansándole. Era ambicioso. Quería más, pero era consciente de que la debilidad de sus músculos y su aspecto extraño y enfermizo jugaban en su contra para intentar conquistar el gran mundo.

Bien, si el mundo no le quería, se fabricaría uno propio, un submundo en el que su físico y sus habilidades fuesen una ventaja.

Comenzó así una carrera criminal que le encumbró a las primeras páginas de los periódicos, a ser protagonista de los programas de investigación de más audiencia y a copar la portada de los noticiarios, siempre con su rostro perfilado en negro con un enorme signo de interrogación en su interior: “¿Quién es el serpiente?”.

A lo largo de los años fue capaz de quebrantar los sistemas de seguridad más sofisticados. Se arrastraba por los conductos de aire acondicionado, por entre los haces de luz invisible que protegían los tesoros en museos y colecciones privadas, por los canalones más estrechos para entrar en oficinas y centros de seguridad y robar arte, planos, joyas, secretos... nada se resistía a “El Serpiente”. Incluso cuando saltaba una

alarma lograba escapar. Daba igual lo atentos que estuviesen los vigilantes o la policía; Cualquier abertura, cualquier resquicio, era suficiente para que se deslizase por él y desaparecer.

Un día desapareció de verdad. Nadie sabe exactamente cuándo. Y ahí nació la leyenda. Fue justo después de robar del Hermitage “Atardecer en el boulevard Mont Matre” de Pissarro. Ahora estaría sin duda colgado en la pared del cuarto secreto de un magnate japonés. O puede que siguiera activo, robando ese tipo de cosas inconfesables que nunca se denuncian.

Pero no; el imaginario colectivo prefirió pensar que el escurridizo y audaz Serpiente se había retirado a un paraíso tropical a disfrutar de su enorme fortuna acompañado de lujo, sol y mujeres a la orilla del mar por el resto de sus días.

El Serpiente, surgido de la nada, convirtiendo lo que era casi una minusvalía en una ventaja. Héroe de los que solo sueñan con hacer lo que él realmente hizo. El Serpiente, convertido en momia, con un gesto de terror sin disimulo, amojamado y reseco, pegado a su propio cráneo, muerto de hambre y de sed en aquel conducto. Atorado en un canalón que era estrecho incluso para él. Vencido en su elemento, en un estrecho túnel que debía servirle para escribir otra página de gloria. Enterrado para siempre sin estarlo, escondido como siempre para que todos pudieran seguir soñando que llevaba la vida que ellos querrían llevar.